

Homilía del 5 de Febreo de 2017

La semana pasada escuchamos en el Evangelio las enseñanzas básicas de Jesús, las bienaventuranzas, que comienzan su gran Sermón en el Monte. En nuestro Evangelio de hoy, Jesús sigue el sermón. Ni en el Evangelio de hoy ni en el de la semana pasada hay algo sobre lo que debemos hacer o lo que no debemos hacer, como es el caso en los Diez Mandamientos. Jesús comienza el sermón con el enfoque, no en lo que hacemos, sino en quienes somos. Ese enfoque no sugiere que Jesús tiene ninguna preocupación sobre lo que hacemos; su preocupación es la fuente de nuestro comportamiento, no sólo el comportamiento sí mismo. Si estamos conscientes o no, nuestras acciones fluyen de quienes somos a menos que seamos extraordinariamente buenos hipócritas.

En su sermón Jesús enseñaba a sus discípulos a ser el tipo de personas que se llaman los amigos de Jesús. «Ustedes son la sal de la tierra,» dice Jesús, y «[ustedes] son la luz del mundo». Yo podría pasar mucho tiempo hablando acerca de la sal y la luz, pero Jesús deja bien claro su punto: «Que . . . brille la luz de ustedes ante los hombres, para que viendo la buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su padre, que está en los cielos». Ni sal ni una lámpara encendida es espectacular. La sal es una parte muy pequeña de nuestra comida, pero es esencial para el gusto y para nuestro bienestar físico. Una lámpara encendida o vela encendida no infunda una habitación con luz, sino da un brillo tibio. Estos símbolos no me dice a mí que nosotros debemos ser dramáticos, el centro de la atención. La sal, correctamente usada, llama la atención, no a sí misma, sino a lo que sazona. La luz de una lámpara o una vela, correctamente usada, permite una persona a discernir los artículos en una habitación y una parte de esa habitación. Así, nosotros no debemos llamar atención a nosotros mismos, sino a nuestro Padre celestial. San Pablo es un ejemplo de esta forma de la vida. Él dice de sí mismo, «Yo estoy crucificado con Cristo [si él es crucificado, ¿qué es su condición?] Yo estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo [Ya no soy Pablo], sino que Cristo vive en mí» (Gálatas 2:19b-20a). Dios recibe la gloria y la alabanza cuando las personas reconocen que hacemos lo que hacemos y somos quienes somos porque Dios es nuestro padre.

Hace años recuerdo que un banquero me hablaba de cómo él estaba enseñándoles a sus hijos. Él me contó que estaba en su carro llevando a sus hijos a un evento. El conductor de otro carro hizo un gesto insultante de dedo cuando el banquero le pasó. Los hijos le dijeron, «Papá, ¿Viste eso? ¿No vas a hacer algo?» Le dijo el banquero a sus hijos, «Niños, ignoro ese tipo de cosa; ese hombre puede ser uno de mis clientes. Dondequiera que esté, represento al banco donde trabajo. Dondequiera que ustedes vayan, representan a esta familia». Entonces se volvió hacia mí y dijo, «Usted sabe, Diácono, dondequiera que vaya, usted representa a su Iglesia». Sorprendido reconocí la verdad de su declaración.

Mientras yo estuve pensando en ustedes, nuestra parroquianas hispanas, me acordé de lo

Homilía del 5 de Febreo de 2017

que un ministro protestante dijo en una reunión de la Asociación de los Líderes Religiosos de Ames. Él hablo acerca de su misión, en sus palabras, «para ganar almas para Cristo». Él asumió que nosotros católicos no somos cristianos y continuó, «Cada vez que oigo a la gente hablando español, empiezo a dar este testimonio a ellos sobre Cristo». A él, y me atrevo decir que a la mayoría de las personas en Ames, ustedes representan a la fe católica. La gente de Iowa asume que si ustedes hablan a español, son Católicos. Por lo tanto, dondequiera que vayan y dondequiera lo que hagan, representan la fe católica. Nosotros, ustedes y yo, tenemos una responsabilidad enorme. Si la gente nos ve como representativos de Dios y su Iglesia, entonces dondequiera estemos y cualquiera cosa que hagamos, nosotros estemos trayendo honor y alabanza a nuestro Dios y a su Iglesia o es posible que estemos trayendo deshonra y desgracia. Quiero terminar esta homilía con una oración preparada por los organizadores del Quinto Encuentro Nacional de Hispano/Latino Ministerio:

Oración del Quinto Encuentro Nacional de Pastoral Hispana/Latina

Dios misericordioso,
Tú que saliste al encuentro
de los discípulos de Emaús,
concédenos un espíritu misionero
para salir al encuentro
de nuestros hermanos y hermanas,
unirnos a su caminar cotidiano,
escuchar sus tristezas y alegrías,
encender sus corazones
con el fuego de tu Palabra,
prepararlos a reconocerte en la Eucaristía
y enviarlos como discípulos misioneros
a compartir la alegría del Evangelio
a generaciones presentes y futuras
de toda raza, lengua y cultura.
Te lo pedimos
desde nuestros corazones ardientes
en el Espíritu Santo,
en nombre de tu Hijo amado
y por la intercesión de nuestra Madre
María de Guadalupe,
Estrella de la Nueva Evangelización.
Amén.